

DOMINGO IV DE ADVIENTO (CICLO A)

Estamos ya en la segunda parte del Adviento, en el último domingo de este tiempo de esperanza. Podemos señalar cuatro protagonistas: La figura de la Virgen, la Madre; San José, esposo de María, pues en el ciclo A leemos el Evangelio de San Mateo, el evangelista de San José; como San Lucas es de María, leído en los ciclos B y C. La figura del Emmanuel; de aquí la lectura del capítulo 7 del profeta Isaías, y también el papel importante del Espíritu Santo.

En la Oración de Ofrendas aparece María fecundada por la fuerza del Espíritu, idea mucho más desarrollada en el Evangelio: “ *El mismo espíritu, que cubrió con su sombra y fecundó con su poder las entrañas de María, la Virgen Madre.*” Es importante tener presente la unión de estas dos palabras: La “Virgen Madre.” Solo en María se pueden unir, conservando cada una su propio significado. En el Prefacio II, uno de los dos de esta segunda parte del Adviento, María es contemplada como la Virgen que espera con amor de Madre: “ *La Virgen esperó con inefable amor de Madre.*” María, no sólo es maestra del Adviento, sino la Madre, la fuente, el origen de la gracia, pues de ella nacerá el Salvador.

Las dos lecturas, la del profeta Isaías y la de la Carta a los Romanos, están orientadas hacia el Evangelio, para explicarlo y para que su luz se proyecte. Vamos a analizar el texto evangélico, insistiendo que se trata del evangelista Mateo, uno de los evangelistas que hablan de la Infancia de Jesús.

El texto elegido, es la segunda parte del capítulo primero. Los vv. 1-17 tratan de la Genealogía de Jesús; el resto del Nacimiento de Jesús. José y María aparecen como desposados: “ *La madre de Jesús estaba desposada con José.*” No es lugar de describir lo que significaban los desposorios en la religión judía. La ceremonia del matrimonio se consideraba celebrada entre los judíos cuando el novio llevaba a la novia a su casa; esto es lo que quiere decir “ *vivir juntos.*” La vinculación entre los desposados era fuerte, incluso se les permitía una relación sexual; si de esta relación procedía un hijo, era considerado legítimo. El desposado podía repudiar a su desposada, si ella le había sido infiel. Ante el caso de infidelidad, máxime cuando de esta deslealtad venía un hijo; el desposado tenía como tres salidas: denunciar públicamente a su desposada, con lo que esto traía de negativo; dejarla en secreto, aunque siempre mediante dos testigos, sin necesidad de expresar los motivos; o quizá aceptar con todas las consecuencias a su desposada infiel. Si alguien seguía este tercer camino, quizá no sería justo ante la ley, aunque muy justo ante la moral y según el querer de Dios, que nos manda perdonar. En los desposorios de José y María se da una anomalía; María está embarazada y el fruto de su vientre no es obra de José; de aquí surge la duda. ¿ Por qué duda José?. Según una lectura superficial y literal del pasaje evangélico es porque su mujer está embarazada y no ha dado ninguna explicación; según una lectura más profunda, más “ evangélica” es porque hay algo misterioso, sagrado, ante lo cual José se siente indigno y por esto mismo se quiere retirar. Actualmente la exégesis, que es más teológica, que textual, se orienta por aquí. José lo sabe todo, por esto mismo no quiere denunciar públicamente a su desposada-esposa; quizá la tercera vía sería la más perfecta, llevársela a su casa, sin dudar, sin pedir aclaraciones; él toma el segundo camino: dejarla en secreto, porque era *justo* (según las exigencias de la ley y porque era un hombre que quería caminar según la voluntad de Dios). Su duda es expresión de una petición, que se le diga lo que debe hacer. “ *Pero penas había tomado esta resolución (dejar en secreto a su esposa) se le apareció en sueños un ángel del Señor, que le dijo:*

José, hijo de David, no tengas reparo (no reparo moral, interpretación tradicional, literal) en llevarte (el cielo cuenta contigo, te necesita) a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo.” Es interesante señalar: “ José, hijo de David.” Jesús, según lo humano, será de la descendencia de David, por parte de su padre José. María le habría hablado a su esposo José de lo que estaba sucediendo en ella. El ángel del Señor simplemente se lo recuerda, se lo confirma. “ *La criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo.*”

En la anunciación a José se hace una completa presentación de Jesús. En primer lugar se afirma su origen divino: viene del Espíritu Santo (San Mateo no se para como hará San Lucas en el análisis de esta función del Espíritu). Después se anuncia cuál será su misión a través del nombre que su padre adoptivo le impone por mandato de Dios. “ *Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque el salvará a su pueblo de los pecados.*” La expresión “ salvará a su pueblo” no designaría al pueblo judío, sino al pueblo salvado por Jesús, formado tanto por judíos como por paganos cristianos.

“ *Cuando José se despertó hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y se llevó a casa a su mujer.*” Sería interesante ahondar en los mutuos sentimientos de José y María. No es suficiente decir que José era “justo” (en el sentido legal). Creo que es necesario profundizar en el amor entrañable: humano y divino de los dos esposos. Toda la fidelidad matrimonial queda potenciada y enriquecida al contemplar a estos esposos. Ellos dan acogida, cabida en su amor a los planes de Dios, que fortalece mucho más la relación existente. No veamos en las dudas de José una motivación humana, moral, sino una pregunta más teológica, que implica pedirle al Cielo que puede contar con el “ justo” José. Casi me atrevo a decir que aunque el ángel del Señor no le hubiese hablado a José en sueños, cuando éste se hubiese despertado, no hubiera hecho lo que parece que tenía pensado realizar. El amor a su esposa era más fuerte que cualquier norma humana. Nunca José podría dudar de su esposa, por lo tanto nunca la dejaría, sino que seguiría el tercer camino antes señalado: llevarla a su casa sin denunciarla ni pública ni secretamente. Siempre el amor de José y María será paradigma del amor matrimonial, del amor de amigos, de todos los amores dignos de este nombre. Podemos decir que la figura de José es importante en este relato y en todo el evangelio de la Infancia de Jesús como índice de la obediencia al ángel del Señor y como signo de amor fiel a la compañera que Dios le puso en su camino.

En el Evangelio se habla ya de la primera lectura: “ *Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta: Mirad, la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel (que significa: Dios-con nosotros).*” Tenemos que decir que el Evangelio hace una lectura desde la luz del Nuevo Testamento de lo ocurrido en el Antiguo Testamento. La lectura tipológica del Antiguo Testamento fue muy frecuente entre los Padres de la Iglesia y esto también se expresa en los libros del Nuevo Testamento. El texto del Profeta suena así: “ *Entonces dijo Dios: Escucha, casa de David:¿ no os basta cansar a los hombres que canséis incluso a Dios? Pues el Señor, por su cuenta, os dará una señal. Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pone por nombre Emmanuel.*” Es conveniente aclarar que Isaías no emplea el término técnico para designar a una virgen (betûlâ), sino otro (’almâ) que se aplica a la mujer en edad núbil, lo mismo si es como si no es virgen. El niño que había de nacer sería el joven Ezequías, en cuyo nacimiento vería Judá la presencia permanente de Dios en medio de su pueblo y una promesa hecha a David. A pesar de todo, la solemnidad del oráculo y el nombre de “ Emmanuel” han prestado apoyo a la creencia de que las perspectivas del profeta no se detienen en el nacimiento de Ezequías; van más allá y prevén la aparición de aquel rey ideal de la

línea davídica, con cuya manifestación podría afirmarse que Dios estaba definitivamente con su pueblo. Esto no significa, por supuesto, que Isaías previera el cumplimiento de esta profecía en Cristo, sino que expresó una esperanza que luego alcanzaría su plena realización en Cristo. Mateo y la Iglesia han visto en Jesús nacido de la Virgen María el perfecto cumplimiento de esta profecía. Si examinamos el texto nos hace pensar en una doncella determinada y concreta suficientemente conocida por el rey y el profeta, aunque no por nosotros. Ahí está el artículo determinado “la”. La doncella está ya encinta sin que se haya hablado para nada de su esposo y va a dar a luz un hijo, cuyo nombre simbólico es “Emmanuel” = Dios con nosotros. La versión alejandrina de la Biblia y la tradición cristiana han visto siempre en este signo una genuina profesión mesiánica. El Emmanuel fue Cristo, el Mesías prometido; la doncella la Virgen María.

La segunda lectura está tomada de la Carta de San Pablo a los Romanos, 1, 7. Estos versículos podemos designarlos como saludo y profesión de fe. No vamos a comentarlos todos, sino solo aquellos que son como una profesión de fe, una presentación de este Hijo de Dios. “*Este Evangelio, prometido ya por sus profetas en las Escrituras Santas, se refiere a su Hijo, nacido, según lo humano, de la estirpe de David; constituido, según el Espíritu Santo, Hijo de Dios, con pleno poder por su resurrección de la muerte: Jesucristo nuestro Señor.*” (vv. 3-4). Nos hallamos con toda probabilidad ante una primitiva fórmula de fe que Pablo ha incorporado a su discurso con ligeros retoques. En Jesús caben dos dimensiones: la humana y la divina. Según la carne, Jesús ha nacido de la estirpe de David. Ya lo veíamos en el Evangelio; nunca debemos olvidar esto. La dificultad puede proceder de la siguiente afirmación: “*constituido, según el Espíritu Santo, Hijo de Dios, con pleno poder por su resurrección de la muerte...*” Tenemos una Cristología ontológica (del ser) y Otra narrativa (del obrar). Una teología filosófica se ha detenido más en la primera, afirmando algo, que es verdad: que Jesús desde su Nacimiento es Hijo de Dios; pero quizá incompleta, si nos fijamos en su manifestación. La Cristología narrativa nunca debe olvidar la realidad óptica de Jesús, de aquí el valor de sus obras, aunque se recree y profundice en su manifestación, en su mensaje. Debemos unir ambas Cristologías: la Ontica y la Narrativa. Pablo se fija más en esta segunda, de aquí las dificultades que crean sus afirmaciones. Algunos Padres Orientales, conscientes de esta dificultad, han entendido el término “constituido” como “manifestado”, “revelado”.

Concluyendo: La liturgia del IV Domingo de Adviento del ciclo A, nos presenta una figura muy rica e importante: la figura de San José, el esposo de María y el padre adoptivo de Jesús; la Virgen, es la Madre de Jesús. Ella en el capítulo primero de Mateo no habla, simplemente es presentada como la cubierta por la sombra del Espíritu Santo. Prevalece más su Maternidad que su Virginitad. Su Hijo es el Emmanuel, anunciado por el Profeta, nacido según la carne de la estirpe de David. Su mesianidad, su estar con nosotros, se manifiesta no preferentemente en lo que es, sino en lo que hará: morir por nosotros y resucitar por nosotros y para nosotros.

Seamos conscientes y coherentes: “*Va a entrar el Señor: El es el Rey de la Gloria*”. Que a ejemplo de María lo anhelemos: “*La Virgen esperó con inefable amor de Madre*” (Prefacio II de Adviento)